



**UN MUNDO SIN POLOS:  
HIPÓTESIS SOBRE LA SEGURIDAD  
INTERNACIONAL EN EL SIGLO XXI**

*Andrés Molano Rojas*



ANDRÉS MOLANO ROJAS

Catedrático de la Universidad del Rosario, de la Academia Diplomática de San Carlos, de la Escuela de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército, y de la Escuela Superior de Guerra

## UN MUNDO INESPERADO

Hace 20 años nadie discutía el hecho de que el fin de la Guerra Fría y de la bipolaridad y el antagonismo ideológico entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que la caracterizaban, daría paso a una nueva era en la historia de las relaciones internacionales. Menos unánime era el pronóstico sobre la naturaleza del orden mundial que surgiría como consecuencia de la caída del Muro de Berlín, la implosión soviética y de Guerra del Golfo.

Algunos apostaban por el advenimiento de un orden internacional unipolar, basado en una benévola hegemonía norteamericana, fundada a su vez en la globalización de los valores liberales y democráticos y la universalización del libre mercado (Fukuyama, 1990). Otros, en cambio, especulaban sobre el retorno a la multipolaridad, ya fuera homogénea y relativamente estable -como la que surgió de las sesiones del Congreso de Viena en el siglo XIX y que proporcionó a Europa casi un siglo de tranquilidad obtenida mediante la defensa a ultranza del equilibrio del poder-; o heterogénea, turbulenta y volátil, como durante el periodo de entreguerras (1919-1939), aunque tal vez marcada por clivajes esencialmente “civilizacionales” e identitarios más que ideológicos (Huntington, 1993).

A la postre, no ocurrió ni lo uno ni lo otro. Ni el “momento unipolar” de una superpotencia solitaria tan temida como respetada, ni una “edad dorada” de la multilateralidad y la cooperación. Pero tampoco una simple y llana multipolaridad, caracterizada por la existencia

de unas pocas grandes potencias, altamente competitivas pero con relaciones relativamente simétricas de poderío, recursos e influencia; capaces de determinar —entre ellas solas— las condiciones de equilibrio (o desequilibrio) del sistema internacional. La posguerra fría supuso, más bien, el inicio de un periodo transicional, caracterizado por lo que el profesor Zaki Laïdi (1993) llamó “el relajamiento del orden mundial”. Es decir, por el desacoplamiento entre la capacidad de producir sentido (enviar un mensaje universal) y la capacidad de generar poder (económico y militar); y en consecuencia, por una realidad internacional inédita, incompleta y heterogénea:

Inédita	• No se funda ni en una diferenciación categórica de las funciones ni sobre un reparto proporcional del poder global.
Incompleta	• No permite a ningún actor ser el amo absoluto de las dinámicas internacionales.
Heterogénea	• Pone en relación entidades políticas de naturaleza diferente.

**CAJA 1. LA REALIDAD INTERNACIONAL LUEGO DEL RELAJAMIENTO DEL ORDEN MUNDIAL. BASADO EN LAÏDI (1993)**

## UN MUNDO SIN POLOS

Lo anterior explica esa sensación de “deshielo geopolítico” que parece quedar luego de cualquier análisis sobre las dinámicas internacionales durante la última

década, a partir especialmente del 11 de septiembre de 2001 —y no porque algo en particular haya cambiado desde esa fecha ya mítica en la historia universal, sino porque ese día puso en evidencia, con la contundencia de una sintomatología inocultable, la profundidad y la intensidad de los cambios desencadenados otros diez años atrás.

Así, mientras como consecuencia del calentamiento global ha venido produciéndose un constante deshielo de los polos, y en un sentido más amplio, un acelerado proceso de cambio climático; como consecuencia del relajamiento del orden mundial (y del “calentamiento geopolítico” que lo acompaña), se ha producido otro tipo de deshielo, y en consecuencia, de cambio estructural en las relaciones internacionales, que se manifiesta en el advenimiento de un sistema internacional “apolar”.

En un artículo publicado recientemente en la revista *Foreign Affairs*, el presidente del Council on Foreign Relations de los Estados Unidos, Richard Haass, advertía que este mundo sin polos será “un mundo dominado no por uno o dos, ni por algunos Estados, sino por

docenas de actores (de diversa naturaleza) que poseen y ejercen diversas clases de poder” (Haass, 2008). Varias grandes potencias (altamente asimétricas), potencias medias regionales y poderes emergentes e intermitentes, organizaciones internacionales, corporaciones, ONGs, redes macrocriminales, e incluso individuos —como Osama Bin Laden— intervendrán cada vez más competitivamente en la determinación de las dinámicas internacionales, con base en su control de formas alternativas y diversificadas de poder, en un juego que antaño parecía estar reservado a los Estados, y sobre todo, a los más capaces de acumular y concentrar volúmenes elevados (relativamente simétricos y análogos) de poder tanto político, como económico y militar simultáneamente (las grandes potencias).

En efecto, parece evidente que en la actualidad se registra un proceso de creciente difusión y desagregación, de desconcentración y dispersión —si se quiere poliárquica— del poder estructural, es decir, del poder

“conferido por la capacidad de ofrecer, rehusar o amenazar la seguridad (la estructura de seguridad); la capacidad de ofrecer, rehusar o demandar el crédi-

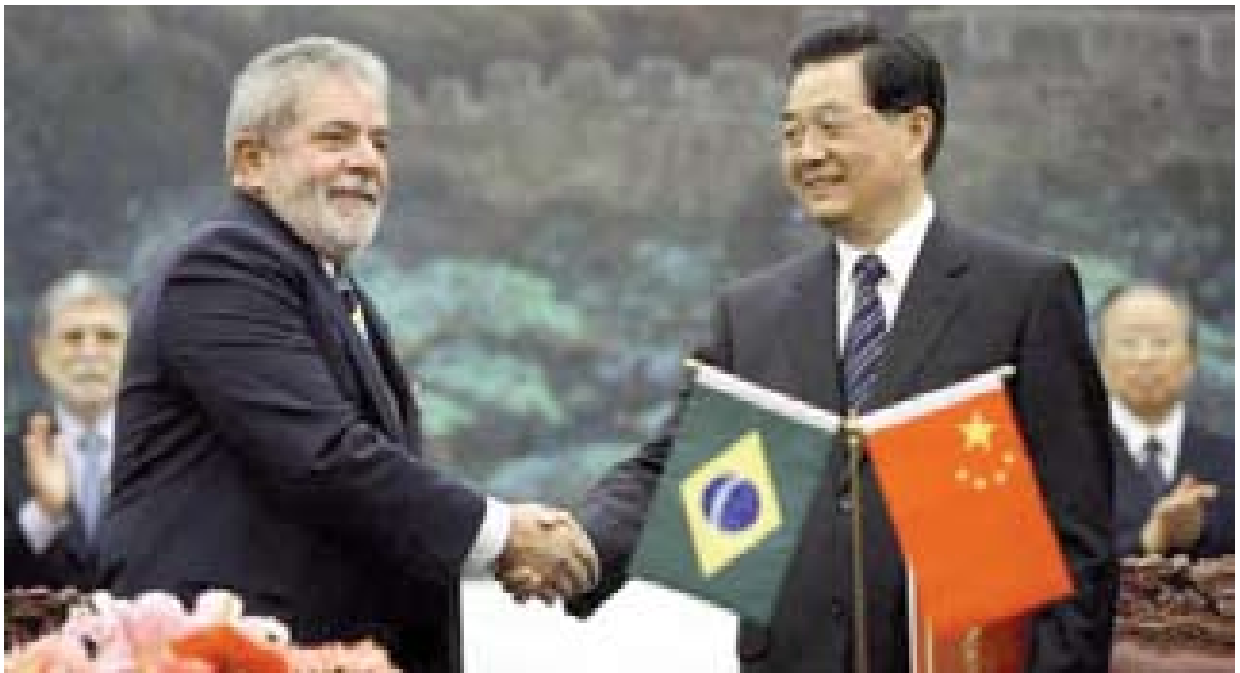


Foto de archivo.

to internacional (la estructura financiera); la capacidad de determinar la localización, el modo y el contenido de la producción manufacturera (la estructura de producción); la capacidad de influenciar las ideas y las creencias y, en consecuencia, los conocimientos socialmente valorados así como la capacidad de controlar y de influir —a través del lenguaje— el acceso a estos conocimientos (la estructura del saber)” (Strange, 1988:5)

Esta creciente multiplicación e innovación de factores de poder, su desagregación tanto espacial como funcional, la desconexión entre poder e influencia efectiva resultante de ello, y la proliferación, concurrencia y solapamiento de centros de poder, que, en consecuencia, caracterizarán el orden mundial apolar, ya dejan sentir su impacto en las dinámicas internacionales.

Así, por ejemplo, la apolaridad:

1. Dificulta significativamente la profundización del proceso de organización internacional (Gallaroti, 1991), y por lo tanto, afecta el funcionamiento eficaz y eficiente de las instituciones internacionales (desde las alianzas como la Otan hasta la ya bastante baldada Organización de las Naciones Unidas).
2. Supone el incremento de los riesgos y las vulnerabilidades que podrían afectar la estabilidad del sistema internacional en su conjunto, desde el terrorismo, cada vez más complejo, difuso, e incluso catastrófico (Heisbourg, 2002), hasta los Estados canallas y los Estados fallidos.
3. Hace que las dinámicas internacionales (desde el alineamiento, es decir las expectativas sobre quién defenderá a quién en caso de un conflicto, hasta los dilemas de seguridad) sean mucho menos coherentes, transparentes y predecibles.
4. Obliga a desarrollar nuevas formas de multilateralismo, más específicas, informales e incluyentes y menos comprensivas y ambiciosas, que bien podrían adoptar la forma de un multilateralismo a la carte o de un minilateralismo (Naím, 2009).



Foto de archivo.

### ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE LA SEGURIDAD INTERNACIONAL EN EL SIGLO XXI

Ante este panorama cabe preguntarse: ¿cuáles serán los principales factores determinantes en la seguridad internacional en el siglo XXI? A continuación se ofrecen algunas ideas que más que tener un propósito explicativo, reflejan intuiciones que pueden resultar útiles al momento de abordar el análisis de la política internacional contemporánea.

*La suerte y destino de los Estados Unidos.* El sistema internacional pasó del bipolarismo de la Guerra Fría al unipolarismo propio de los primeros años post soviéticos. Pero ese breve instante puede darse ya por superado y probablemente no llegue a repetirse en el corto plazo.

Como señala Haass (2009:71), “tanto por lo que ha hecho como por lo que ha dejado de hacer, Estados Unidos ha acelerado el surgimiento de centros de poder alternativos en el mundo y ha debilitado su propia posición respecto a ellos”. Por una parte, su insaciable consumo de energía ha convertido a muchos Estados productores de gas y petróleo, antaño periféricos (Irán, Venezuela, Arabia Saudita, Brasil) en importantes centros de poder, algunos de los cuales se muestran hoy por hoy abiertamente hostiles al liderazgo y los intereses norteamericanos, con la consecuencia -impensable hasta ahora, y siempre indeseable- de que Washington debe proteger

el funcionamiento de su enorme economía industrial a expensas, muchas veces, de sus objetivos geoestratégicos. Además, su posición económica también se ha deteriorado notablemente, como consecuencia de algunas medidas tomadas en materia de política fiscal, de una excesiva financiarización de su economía, de la carga presupuestaria que suponen las guerras de Irak y Afganistán, y del rezago tecnológico y productivo frente a países como Japón (Wallerstein, 2002).

En el terreno ideológico, hay quienes afirman que el declive norteamericano está determinado por la pérdida de atractivo del liberalismo, causado a su vez por la caída del comunismo. De alguna manera, la existencia de la Unión Soviética era el principal elemento legitimador de la preponderancia norteamericana como una “barrera de contención” contra la amenaza de la expansión global del marxismo-leninismo:

Los Estados Unidos quedaron atónitos y desconcertados por el colapso súbito de la Unión Soviética, sin saber muy bien cómo manejar sus consecuencias. El colapso del comunismo, en efecto, implicó el colapso del liberalismo, y la remoción de la única justificación ideológica a la hegemonía norteamericana: una justificación tácitamente apoyada y reforzada por el único oponente ideológico ostensible del liberalismo (Wallerstein, 2002:65).

Por último, los hechos del 11 de septiembre demostraron, con la mayor crudeza, la fragilidad e incluso la indefensión de los Estados Unidos, a despecho de su incontestable poderío militar. Hasta entonces, “Estados Unidos aparecía como una nación invulnerable, lo que había favorecido su unilateralismo en las relaciones internacionales, particularmente durante la década de los noventa”. Obligado a distinguir ahora entre amigos y enemigos, entre socios y rivales, entre aliados y adversarios, Estados Unidos tuvo que enfrentar el hecho de que el campo de sus amigos, socios y aliados es “...difuso e inestable...”, y sus enemigos son también difíciles de identificar, en tanto que no son Estados sino más bien entidades sub, trans, o paraestatales cuya fuerza radica antes que nada en la imaginación, la audacia y la sorpresa (Fazio et al, 2001:117s).

*El ascenso de nuevas potencias.* La apolaridad del mundo del siglo XXI es consecuencia también de la

consolidación de varios Estados como potencias emergentes, cuya influencia será cada vez más importante en el ámbito internacional. Este es el caso de Brasil, Rusia India y China, que apalancados en su gran extensión territorial, su enorme población, su superior dotación en recursos naturales, el crecimiento sostenido de su PIB y la ampliación de su participación en el mercado global -que no ha dejado de ensancharse durante los últimos años- ocupan un lugar cada vez más prominente en la escena internacional, en la que aspiran a traducir su peso económico y productivo en una mayor influencia política. Piénsese, por ejemplo, en la clara aspiración de Brasil a proyectarse no sólo como una potencia regional sino incluso global, y en cualquier caso, a ejercer como líder natural suramericano:

De hecho, al demostrar claramente que, tanto en los expedientes regionales como en las cuestiones globales, Brasil sólo atiende a sus propios intereses, estos problemas dan a la convergencia de las políticas sudamericanas el carácter de una entente entre pares, más que de un alineamiento subordinado. Pese a todo, la situación es inédita y marca un cambio profundo: la disminución drástica de la influencia estadounidense en la región (Daudeli, 2009:201).

Por otro lado, no se debe olvidar que varios Estados han alcanzado un grado importante de injerencia sobre la preservación o alteración de la seguridad y la paz internacionales con sus procesos de nuclearización, con independencia de que bajo la luz de otros criterios sigan siendo esencialmente periféricos.

Durante la Guerra Fría, la carrera nuclear llevó, por un lado, al equilibrio del terror basado en la ominosa expectativa de la destrucción mutua asegurada, y por el otro, a un régimen de no proliferación nuclear relativamente aceptado y reconocido a escala global. Superada la catastrófica hipótesis de la destrucción mutua asegurada, se pensó que la no proliferación sería un axioma de la Posguerra Fría, y que por lo tanto, el régimen nuclear internacional no haría más que reforzarse. Nadie previó que, por el contrario, el régimen sería abiertamente desafiado: por India y Pakistán en 1998, y por Corea del Norte en 2006 y 2009; sin contar con



Foto de archivo.

las escaramuzas nucleares declaradas y no declaradas de Israel, Corea del Sur, y Libia entre otros.

El programa nuclear iraní, las ambiguas declaraciones de algunos Estados (como Venezuela) y el secretismo que rodea las actividades de otros (como el mismo Brasil), no hacen sino incrementar la incertidumbre sobre la materia. Y entre tanto, la falta de consenso de las potencias nucleares para encarar todos estos problemas no se ve compensada con la buena voluntad con que Rusia y Estados Unidos han suscrito un nuevo tratado de reducción de armas estratégicas (el Start II, firmado en Praga en abril de este año), ni con el intrépido gesto con que el presidente norteamericano, Barack Obama, ha dejado entrever su aspiración a un mundo desnuclearizado.

*El empoderamiento de nuevos actores, o el paradigma del cambio de poder.* Una de las consecuencias más importantes del proceso de globalización contemporánea (Friedman, 2006) es el paulatino empoderamiento de varios actores (no estatales), que hoy influyen de forma otrora impensable en las dinámicas internacionales. Este “cambio de poder”, congruente con una reducción del estadocentrismo que caracterizaba las

relaciones internacionales, ha sido aparentemente propiciado por varios factores (Mathews, 1997):

1. La pérdida de autonomía estatal, causada por la globalización económica.
2. El aumento de la importancia del dinero, la información, la contaminación, la cultura popular, el terrorismo, el crimen organizado, el crecimiento demográfico y los conflictos étnicos a nivel global.
3. El surgimiento de nuevas identidades y la reconfiguración de algunas preexistentes.
4. La sensación de que las necesidades más importantes ahora derivan de la vida diaria, y no de la seguridad del país (alimentación, vivienda, empleo, salud y seguridad pública).
5. La reticulación de la sociedad.

Como consecuencia de lo anterior, las organizaciones no gubernamentales, las corporaciones transnacionales, las redes de crimen organizado, las comunidades transnacionales, con su estructura reticular, flexible y desterritorializada, con su capacidad de generar y de ejercer un

poder alternativo y paralelo al de los Estados, ejercen un rol cada vez más protagónico en el escenario internacional y erosionan sustancialmente la pretensión del Estado de seguir reivindicando para sí el monopolio absoluto de las distintas esferas del poder estructural.

Las organizaciones no gubernamentales deben su gran importancia además a dos factores específicos, principalmente.

Primero, se han consolidado como órganos consultivos muchas veces imprescindibles de las organizaciones intergubernamentales y de los mismos Estados (en algunos casos, incluso asumiendo funciones que originalmente deberían estar a cargo de éstos). Por ello han logrado incluso obtener un estatus especial que les permite intervenir activamente en varias agencias de la ONU, compartiendo información con varios actores estatales y no estatales, y participando con voz propia en los foros de discusión de los grandes problemas globales. A ello ha contribuido su altísimo grado de especialización en ciertas áreas. Por ejemplo, mientras Greenpeace trabaja en temas medioambientales, Human Rights Watch se ocupa de los derechos humanos y Médicos sin Fronteras de proporcionar atención sanitaria en zonas y situaciones especialmente vulnerables.

Segundo, combinan diversos modos de operación que les permiten optimizar al máximo sus recursos y capacidades. Greenpeace, por ejemplo, combina el análisis científico de los problemas ecológicos con la realización de gestión de información y las acciones directas de gran contenido simbólico e importante impacto mediático. Además, trabajan de manera muy cercana a las comunidades y, en muchas ocasiones, responden de manera más eficaz a las necesidades sociales que los propios gobiernos. Su presencia en los países en vías de desarrollo se ha incrementado gracias a la financiación por parte de organizaciones similares del mundo industrializado, e incluso, a la transferencia de fondos de ayuda al desarrollo por parte de los Estados más avanzados, que muchas veces las prefieren como interlocutoras y canalizadoras de recursos que a los propios Estados beneficiarios de la cooperación.

Por su parte, las corporaciones transnacionales han ganado gran importancia en la sociedad internacional por

el control que ejercen sobre el poder financiero y el de la producción. Su papel en la configuración de un mundo apolar es innegable, pues han sido claves a la hora de impulsar la reducción del Estado así como la redefinición de sus funciones. Escapan al control político en un contexto en que los Estados, urgidos por la necesidad de atraer inversiones, “compiten por reducir su injerencia en la economía, liberar el comercio, suprimir impuestos y aranceles, privatizar sectores estratégicos de la economía, contener los salarios, flexibilizar las condiciones laborales, etc.” (Ramírez, 1997). Sus presupuestos son muchas veces más grandes que el PIB de los países en los cuales operan, lo cual les permite incluso poner en cuestión las soberanías económicas nacionales, que por ello se ven forzosamente acotadas.

A su vez, tienden a operar cada vez con mayor autonomía frente a los gobiernos de sus Estados de origen, con los que sin embargo mantienen una relación simbiótica en la que se involucran la política exterior de los Estados y la promoción de los intereses corporativos, que son los que en últimas determinan las lealtades empresariales.

En cuanto a los estados anfitriones, es clara la existencia de una relación de amor y odio. Por un lado, las transnacionales pueden incidir negativamente en la promoción y reconocimiento de garantías laborales (por cuanto el encarecimiento del empleo puede desestimular la inversión extranjera y, en consecuencia, reducir la competitividad) y en el desarrollo endógeno de las economías nacionales.

No obstante, por el otro, las corporaciones transnacionales son importantes generadores de puestos de trabajo, y contribuyen igualmente a la balanza de pagos, y al desarrollo industrial y tecnológico.

Finalmente, el protagonismo de las organizaciones criminales transnacionales se deriva del hecho de que, hoy por hoy, “constituyen una amenaza a la seguridad a la que no pueden hacer frente ni la policía ni el ejército, reacciones características del Estado” (Mathews, 1997:9). Y mientras que por su propia naturaleza el crimen transnacional desborda las capacidades de control y de aplicación de la ley puramente nacionales, la gran paradoja

**Y MIENTRAS QUE POR SU PROPIA NATURALEZA EL CRIMEN TRANSNACIONAL DESBORDA LAS CAPACIDADES DE CONTROL Y DE APLICACIÓN DE LA LEY PURAMENTE NACIONALES, LA GRAN PARADOJA ES QUE LOS MECANISMOS MULTILATERALES QUE SE NECESITAN PARA ENFRENTARLO EFICAZMENTE APENAS SE ESTÁN GESTANDO.**

es que los mecanismos multilaterales que se necesitan para enfrentarlo eficazmente apenas se están gestando.

¿Cómo fue posible que el crimen se convirtiera en pieza clave de las dinámicas internacionales? Según Williams (1999), el empoderamiento de las organizaciones macrocriminales y su proyección global fue posible gracias a tres factores principales:

1. La crisis estatal que se expresó en la incapacidad de los gobiernos para imponer el imperio de la ley, proporcionar condiciones para la vida digna y la falta de un marco regulatorio para los negocios.
2. La globalización, que trajo consigo la emergencia de las ciudades globales (centros que podían ser objetivos militares), el aumento de la migración, la liberación del comercio, el aumento de las diásporas étnicas y el surgimiento del sistema financiero global.
3. El fin de la Guerra Fría, contexto en el cual explotaron las tensiones étnicas, y el crimen organizado se reveló como un fenómeno en progreso que no había sido advertido.

Como resultado, las organizaciones del crimen transnacional constituyen no sólo uno de los principales beneficiarios del cambio de poder operado en el marco de la “apolarización” del mundo contemporáneo, sino también uno de los más nocivos, entre otras, por las siguientes razones:

1. Porque tienden a ejercer un enorme poder de corrupción sobre las instituciones estatales, a fin de que éstas les permitan operar con libertad suficiente y a unos costos óptimos.
2. Porque están siempre inherentemente dispuestos a emplear la violencia como mecanismo de disciplinamiento interno y control social, en un amplio espectro de actividades que por su propia naturaleza

ilegal no puede ser disciplinado ni controlado por el Estado.

3. Porque suponen una carga onerosa a los presupuestos públicos en seguridad y justicia, y en su afán de mantener condiciones favorables para sus operaciones pervierten las reglas del juego democrático.
4. Porque ponen en riesgo a la población civil al cooptarla en la realización de sus actividades o al convertirla en destinatario (directo o colateral) de la violencia.
5. Y finalmente, porque tienen gran incidencia en los negocios y distorsionan la actividad económica, como consecuencia de sus esfuerzos por reintegrar a los mercados legales los réditos que obtienen desde la ilegalidad, por ejemplo.

*Las mutaciones camaleónicas de la guerra.* Clausewitz comprendió muy bien la naturaleza camaleónica de la guerra al afirmar que ésta “en cada caso cambia de carácter”. Y sin embargo, cabe suponer que se habría sorprendido en caso de haber podido presenciar mutaciones que ha experimentado la dinámica de los conflictos armados a lo largo del mundo durante los últimos veinte años (Heidelberg Institute for International Conflict Research, 2009).

Esas mutaciones han generado ventajas estratégicas a actores con poder militar restringido. De hecho, la superioridad en los medios y recursos militares ya no garantiza por sí sola una ventaja (ni qué decir el triunfo) de cara a una confrontación por varias razones. En lo que algunos analistas han venido a denominar “nuevas guerras”, la conducción asimétrica ha desplazado a la conducción simétrica propia de las guerras totales de la era moderna. En palabras de Hefried Münkler (2003:2),

**CAJA 2. “VIEJAS” Y “NUEVAS” FORMAS DE CONDUCCIÓN DE LA GUERRA**  
(ELABORACIÓN DEL AUTOR)

- “Viejas Guerras”  
(De conducción simétrica)
- Guerras estatizadas
  - Encarecimiento de la guerra
  - Principio estratégico (la *Blitzkrieg* como ideal estratégico)
  - Carrera armamentista simétrica
  - Primacía de la lógica política
  - Campos de batalla delimitados
  - Guerra militarizada
  - Guerras interestatales / Guerras civiles

- “Nuevas Guerras”  
(De conducción asimétrica)
- Guerras des-estatizadas
  - Abaratamiento de la guerra
  - Desaceleración de los acontecimientos
  - Competencia entre armas de alta y baja tecnología
  - Primacía de una lógica económica
  - Indiscriminación y desproporción del uso de la violencia
  - Desmilitarización y tercerización de la guerra
  - Conflictos armados internos / transnacionales

La asimetría, principal característica de las nuevas guerras en los últimos decenios, se basa en gran medida en las diferentes velocidades con que las partes se combaten: la asimetría de la fuerza radica en una capacidad de aceleración que supera la del enemigo, mientras que la asimetría de la debilidad se basa en una disposición y una habilidad para disminuir el ritmo de la guerra. El contraste entre “nuevas” y “viejas” formas de hacer la guerra provocado por la creciente afirmación del primado de la conducción asimétrica puede resumirse en el siguiente paralelo:

En esta nueva situación, las grandes potencias militares, como los Estados Unidos están en una situación desventajosa ya que su apuesta es primordialmente por la aceleración a través del avance tecnológico. A propósito de este tipo de desarrollo, cabe anotar que el triunfo no siempre está garantizado para los poseedores de armas de alta tecnología, como lo demostró Al Qaeda cuando atacó a los Estados Unidos empleando los propios recursos del país: “las infraestructuras de la parte atacada fueron aprovechadas por un grupo clandestino, que pudo preparar los ataques sigilosa y tranquilamente, y transformar luego los aviones en cohetes y el combustible en explosivo” (Münkler, 2003:2).

En este caso, la superioridad militar resultó completamente inocua frente al desafío de un grupo terrorista dispuesto a hacer una apuesta por el uso —paradójicamente creativo— de instrumentos no convencionales para poner en entredicho la seguridad de la superpotencia.

Resulta apenas obvio que sean precisamente organizaciones terroristas como Al Qaeda las que más aprovechen estas condiciones para medrar. Las principales tendencias del terrorismo contemporáneo (Molano, 2009) se explican también como reflejo directo de todas estas mutaciones de la guerra. Finalmente, es posible que la consolidación de la población civil como un foco más de poder ocurra a través no solo de las ONG, las transnacionales o el crimen organizado, sino también de la fuerza y la rebelión. Münkler (2003:3) señala que “en el siglo XXI, amplios sectores de la población podrán pensar que su única oportunidad para el futuro será librar guerras y salir vencedores de ellas”.

Problemas tales como los desequilibrios medioambientales, la desigualdad en la distribución de los recursos, el desequilibrio en los índices demográficos y los flujos de migración, la inestabilidad y la falta de control del Estado sobre su propia economía, y el déficit de dominación y legitimidad que algunos Estados padecen endémicamente, pueden estimular a las poblaciones a procurarse la satisfacción de sus necesidades (materiales y simbólicas) por las vías de hecho, para lo cual encontrarán más de una estructura de oportunidad.

## CONCLUSIÓN

¿De qué se habla hoy en día cuando se habla de “seguridad internacional”?

Cuando en 1943 Walter Lippman afirmaba que “una nación posee seguridad cuando no está obligada a sacrificar sus intereses legítimos con el fin de evitar una guerra, y es capaz, si hay un obstáculo, de preservarlos mediante la guerra”, no hacía más que conceptualizar teóricamente la contundente realidad de la II Guerra Mundial: la seguridad internacional era un asunto que sólo los Estados tenían la capacidad de mantener, restablecer o alterar por medio de la guerra, en función de sus intereses nacionales.

La estructura del sistema internacional contemporáneo es el resultado de un complejo proceso de interacciones entre múltiples actores que detentan diferentes grados de diversos poderes. Estados Unidos sigue siendo uno de los más influyentes en las dinámicas internacionales, y concentra importantes volúmenes de poder estructural —especialmente en el dominio militar de la seguridad—, pero todo parece sugerir que su poder podría verse comprometido en el futuro como consecuencia de su dependencia energética, el deterioro de su situación fiscal, la imposibilidad de resolver los conflictos en los que está inmerso y la pérdida de influencia de su cultura y su modelo político y económico.

El debilitamiento norteamericano podría verse acentuado por la aparición un conjunto significativo de Estados que emergen (o reemergen) como potencias a lo largo y ancho del planeta: China, otros países asiáticos en procesos de crecimiento vertiginoso, Brasil, Irán, Rusia, India, entre otros. El panorama se hace aún más complejo con la importancia cada vez mayor que adquieren los actores no estatales en la escena mundial: las ONG aumentan su poder en lo referente a la información, la gestión de conflictos, la acción humanitaria, etc.; las transnacionales cada día adquieren más influencia e incluso control sobre el destino económico y financiero del mundo; las redes criminales transnacionales cooptan al Estado, dinamizan prácticas violentas y afianzan sus acciones delincuenciales gracias a su capacidad económica. A esto se debe agregar que actualmente la guerra se manifiesta de maneras diferentes a las tradicionales, y los recursos militares parecen inocuos ante la acción destructiva y desestabilizadora de una serie de actores sumamente creativos e innovadores que apelan a estrategias y métodos impensados.

Por todo esto es necesario repensar -una vez más- la seguridad internacional, e intentar elaborar un concepto de ella más ajustado a las complejidades de un mundo apolar que aunque no necesariamente sea más inseguro, es innegablemente mucho más turbulento (Rosenau, 1995).

#### Bibliografía

- Daudeli, Jean (2009) América Latina ya no es el trastero de los Estados Unidos. En: Anuario económico geopolítico mundial El estado del mundo 2010. Madrid: Akal.
- Fazio, H., Restrepo, L.A. & Rojas, D. (2001) El nuevo orden mundial a partir del 11 de septiembre. En: Análisis Político, No. 44.
- Friedman, Thomas (2006) La tierra es plana. Madrid: Ediciones Martínez Roca.
- Fukuyama, Francis (1990) ¿El fin de la historia? Estudios Públicos, 37.
- Gallarotti, Giulio (1991) The Limits of International Organization: Systematic Failure in the Management of International Relations. International Organization, 45(2).
- Haass, Richard (2008) The Age of Nonpolarity. Foreign Affairs, 87(3).
- Heidelberg Institute for International Conflict Research (2009) Conflict Barometer 2009. Disponible en la página web [http://hiik.de/en/konfliktbarometer/pdf/ConflictBarometer\\_2009.pdf](http://hiik.de/en/konfliktbarometer/pdf/ConflictBarometer_2009.pdf)
- Heisbourg, François (2002) Hiperterrorismo, la nueva guerra. Bogotá: Espasa-Planeta.
- Huntington, Samuel P (1993) The clash of civilizations? Foreign Affairs, 72(3).
- Laïdi, Zaki (1993) Sentido y poder en el Sistema Internacional. En: Laïdi, Zaki (Dir.) “Pensar el mundo después de la Guerra Fría”. México: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques + Grupo Perfil.
- Mathews, Jessica (1997) Power shift. Foreign Affairs, 76(1).
- Molano-Rojas, Andrés (2009) Terrorismo camaleónico: Evolución, tendencias y desafíos inminentes del terrorismo global. Revista Fuerzas Armadas LXXXI (211).
- Münkler, Hefried (2003) Las guerras del siglo XXI. Revista Internacional de la Cruz Roja, 849.
- Naim, Moisés (2009) Minilateralism. Foreign Policy, 173.
- Ramírez Vargas, Socorro (1997) Nuevos actores sociopolíticos en el escenario internacional. Revista Colombia Internacional, 44.
- Rosenau, James N. (1995) Security in a turbulent World. Current History, 94 (592).
- Strange, Susan (1988) The Future of the American Empire. Journal of International Affairs, 42 (1).
- Wallenstein, Immanuel (2002) The eagle has crash landed. Foreign Policy, 131.
- Williams, Phil (1999) The dark side of global civil Society: the role and impact of transnational criminal organizations as a threat to international security. En: Alagappa, Mutiah y Inoguchi, Takashi, “International security management and the United Nations”. Tokio: United Nations University Press.